

RADIO

Hasta hace relativamente pocos años, todo el equipo bélico de una nación se reducía a los "ejercicios de mar y tierra". A la guerra subterránea y la submarina siguió de cerca la "guerra en el aire". A nuestra desgraciada y heroica España cupo la suerte de servir de ensayo para un último y refinado género de guerra, más destructora, cruel e inhumana que todas las antiguas. La perfidia marxista, no contenta con violar y saquear los templos de la religión y los sagrados tesoros del arte, violó también el santuario de la ciencia, robó sus más altos y recónditos secretos, y fundiéndolos al fuego de su odio satánico, forjó con ellos la más mortífera y destructora de todas las armas, "la radio roja". En contra nuestra puede decirse que se ha inaugurado un nuevo género de guerra, la "guerra en el éter", y España ha luchado en este nuevo frente con el mismo heroísmo y denuesto que en los demás, y ha vencido en él. Pero ¡cuántas enseñanzas para lo futuro se deducen de esta campaña!

Ante todo, este nuevo género de guerra requiere una técnica especializada, exige una jerarquía organizada, una disciplina perfecta y por tanto una instrucción y una táctica difícil y complicada "que no se puede improvisar". En segundo lugar, en él como en los demás, hay héroes y víctimas que si unas veces gozan de una gloria bien merecida, otras la merecen sin gozarla y debieran ser objeto de monumentos parecidos a los que se elevan en memoria del "soldado desconocido".

Los enlaces del mando con las unidades de combate, y de éstas entre sí, a veces peligrosos, con frecuencia inseguros y siempre lentos, se substituyen, cada día más, por emisoras y receptoras de onda extra-corta estables o portátiles, manejables por soldados con una preparación relativamente fácil. Las ondas electromagnéticas son el más seguro y rápido enlace a quien no detienen ríos ni barrancos, que dan varias veces la vuelta al mundo en un segundo y atraviesan la niebla, las nubes y la metralla. Unidades aisladas, y aún cercadas por el enemigo, los

barcos, los aeroplanos mismos pueden por este medio mantenerse en contacto constante con sus bases, a condición que el mando disponga de ese conjunto de organización a que antes aludimos.

Como en todo nuevo género de guerra, es necesario en éste un nuevo género de valor y de heroísmo. El radio-enlace tiene con frecuencia que ir en las primeras filas, tiene que bajar a las trincheras como un soldado cualquiera con la diferencia de que tiene que aguantar la tempestad de fuego y de metralla sin disparar su fusil o su ametralladora, se ve incluso envuelto entre los que luchan cuerpo a cuerpo sin que le sean permitidas esas expansiones de agitación y esfuerzo muscular que contribuyen a enardecer el espíritu y aún produce esa especie de borrachera del combate que enardece el espíritu o al menos embota su sensibilidad hasta hacerle indiferente a las escenas de horror y de violencia. Él ha de permanecer frío, impassible sin poder siquiera gritar, conteniendo su respiración y concentrando su espíritu para percibir e interpretar el débil pitido del morse que le transmite las órdenes del mando, la orden de avanzar o replegarse, la noticia de la llegada de refuerzos, o la orden de luchar hasta la muerte, que él debe transmitir estoicamente a sus compañeros de sacrificio.

Otras veces tiene que trepar por el parapeto con su altavoz a la espalda para transmitir al enemigo la noticia de nuestros triunfos y aguantar impávido la lluvia de balas con que se trata de ahogar aquella voz molesta que produce en sus filas más estragos que una ametralladora.

La emisora de los frentes es perseguida por los radio-goniómetros con más saña que si se tratase de una batería enemiga, y aún allá muy lejos de los frentes, el radio operador que sostiene diarias polémicas con el enemigo descubre y rebate sus planes y sus mentiras, es tarde o temprano identificado y expone, si no su vida personal, otras que quizás le son más queridas aún que la propia.

De la eficacia de este género de guerra puede juzgarse por el esfuerzo que han hecho nuestros enemigos para montarlo en contra nuestra con todo género de medios. Intrínsecamente basta anotar que el soldado en las trincheras no sólo se mantiene en contacto con sus mandos militares, sino que además recibe constantemente las noticias de la retaguardia, los discursos de las fiestas patrióticas, los himnos y cantares de su tierra que templan su corazón y le sintonizan con el de seres queridos por quienes lucha, y este calor es mucho más confortable para el soldado que el que procuran los regalos y los abrigos materiales a sus miembros atreídos.

La radio mantiene el espíritu y la esperanza en los prisioneros y desterrados que entre torturas del alma y aún a veces del cuerpo, esperan su liberación y pueden contribuir a ella. ¡Cuántos ejemplos pueden citarse en esta guerra cruel de batallas, de posiciones y aún de ciudades ganadas y sostenidas por las oportunas noticias de la radio! ¿Qué hubiese sido del Movimiento Nacional durante los primeros días en Sevilla, en Córdoba, en Valladolid? ¿Cuánto contribuyó a la resistencia de Oviedo, de Toledo y otras posiciones menos importantes esta arma poderosísima?, y cuantas veces por desgracia el arma contraria esgrimida con

verdadera perfusión de medios ha conseguido abatir espíritus que si hubieran conocido la verdad de lo ocurrido hubieran resistido a la furia de todas las demás armas enemigas, o al menos hubiesen arrostrado la muerte con alegría?

El enemigo montó un verdadero sistema de bloqueo contra nuestras radios a quienes temías más que a los cañones y aeroplanos, y por eso han perseguido de muerte no sólo a nuestras emisoras, sino aún a las receptoras, sobre todo las de onda corta porque sorteaban más fácilmente los refinados procedimientos de obstrucción con que se pretendió apagar los ecos de las emisoras nacionales.

Ha sido indudablemente uno de los más indiscutibles méritos de nuestras milicias nacionales, Falange y Requeté, el haber comprendido la necesidad de salir al paso a los Ejércitos enemigos del éter estableciendo el mayor número de emisoras que han sostenido verdaderas batallas, a veces casi sin medios, sobre todo en los principios, teniendo que hacer prodigios de habilidad y empleando en este género de combates cantidades de hombres y de dinero sin temor a las censuras de quienes ignoraban el valor estratégico de las posiciones que sin esta resolución se hubiesen abandonado al enemigo.

La guerra se ha hecho científica y técnica. El heroísmo de los soldados, la inteligencia técnica y estratégica de los mandos, la abnegación y el espíritu de la retaguardia son necesarias para vencer, y las poseemos en un grado que está produciendo la admiración del mundo. Pero todo esto, sin lo cual es imposible vencer, basta por sí solo para morir con gloria, pero, no nos engañemos, en las guerras modernas no basta para vencer. Ellas exigen además una ciencia y una técnica adelantadísima y un extraordinario grado de desarrollo, especialmente en el terreno de la mecánica, de la química y de la electricidad. Una nación como la España grande y libre con que soñamos debería tenerlas, y "tenerlas propias", y es preciso que estemos bien convencidos de que es imposible improvisarlas. Aún concediendo que los pueblos no necesitan ni de la ciencia ni de los progresos de la técnica en tiempos de paz, de tranquilidad y de bonanza, y que una sociedad Cristiana, morigerada, puede ser más feliz que otra muy adelantada pero materialista e inmoral, está absolutamente demostrado, y la terrible lección que acabamos de recibir es la más inconcusa prueba de ello, que lo que no se puede es defender la independencia y la integridad de la Patria y vencer en una guerra a muerte contra los enemigos del género humano de la España tradicional, provistos de todo el material moderno, sin una técnica, una ciencia y una industria adelantadísima y sistemáticamente desarrollada. Y que por consiguiente es utópico y casi criminal pensar que cuando vuelva España a disfrutar de la paz que todos anhelamos, podremos entregarnos a sus delicias como si la ciencia, la técnica y la industria extranjera hubiese de venir como llovidas del cielo a prestarnos su concurso en el momento y en la cantidad que la necesitamos. Y para que esto no vuelva a suceder, ¿quién no ve que es preciso resolvernos a llevar a cabo una verdadera y profunda revolución en nuestra enseñanza, en nuestras costumbres y hasta en nuestra misma mentalidad?

Valladolid.—José Pérez del Pulgar, S. J.

